

Consideraciones históricas sobre el totalitarismo político en Argentina

O. Daniel Silvestre

Cuando recibí la invitación a la consulta sobre «Los cristianos frente al totalitarismo político», pensé que sería importante la participación de la historia en ella, ya que la historia no se ocupa del pasado; por el contrario, como lo decía José Luis Romero, la historia le pregunta al pasado cosas que le interesan al hombre vivo.¹

Para introducirnos en nuestro tema, creo que es necesario conocer el significado de la palabra *totalitario*. Al respecto, el *Diccionario de la lengua española* indica lo siguiente:

Dícese del régimen político que ejerce fuerte intervención en todos los órdenes de la vida nacional, concentrando la totalidad de los poderes estatales en manos de un grupo o partido que no permite la actuación de los otros partidos.²

Cuando miramos la historia política argentina, los regímenes que más se ajustan a la definición son los militares. Desde 1930 hasta el presente nuestro país tuvo doce presidentes militares, los cuales arribaron al poder mediante golpes militares y no por el camino fijado por la Constitución de 1853. Creo que aquí cabe preguntarse: ¿Por qué los militares tomaron participación en la vida política argentina?

Pienso que el historiador H. S. Ferns responde gran parte del interrogante cuando dice:

El factor militar ha estado presente en el proceso político argentino desde el momento en que el país fue concebido, porque fue una reacción a una situación de índole militar [las invasiones inglesas al Río de la Plata en los años 1806 y 1807] y mediante la creación de organizaciones militares como se manifestó la primera acción política independiente de la sociedad argentina. Pero un hecho histórico por sí solo no explica la persistencia del elemento militar en la política argentina. En 1806-1807 las fuerzas armadas expresaron en forma operativa la unidad de la sociedad en acción en pos de un objetivo dominante e intensamente sentido. Y sin embargo esa sociedad se ha-

1 Félix Luna, *Conversaciones con José Luis Romero sobre una Argentina con historia, política y democracia*, Timerman Editores, Buenos Aires, 1976.

2 *Diccionario de la lengua española*, Tomo II, Espasa-Calpe, Madrid, 1984.

llaba dividida económica, social, intelectual y por lo tanto políticamente. Esas diferencias se hicieron más marcadas y más evidentes con cada revés sufrido por la autoridad legítima de la corona española. Pero al mismo tiempo la comunidad creaba una institución que no era cuestionada: las fuerzas armadas, entidad que salvó al pueblo y lo unió. Para un pueblo fuertemente imbuido de los símbolos de la religión, resultó fácil investir a los militares, en cuanto cuerpo, de un carácter suprapolítico, de suerte que, como la monarquía en algunas sociedades o la iglesia o un partido revolucionario en otras, constituyen una fuerza moral, independiente de cómo procedan en cualquier situación concreta. Y este hecho es el elemento básico de la capacidad de iniciativa política de las fuerzas armadas.³

Para completar la reflexión de Ferns habría que añadir que quienes más colaboraron en la investidura suprapolítica de las fuerzas armadas constituían un movimiento político argentino que nació alrededor de 1930 llamado *nacionalismo* a secas.

Veamos ahora qué es esto de nacionalismo. Marysa Navarro Gerassi en su libro *Los nacionalistas* sostiene que «El nacionalismo no fue nunca un partido político organizado. Actuó en la vida política argentina como una minoría reducida cuya influencia alcanzó un radio mucho más amplio que su poderío, su composición o el grado de cohesión interna hacía esperar».⁴

Fueron en parte los responsables del golpe de estado del 6 de setiembre de 1930 que derrocó a un presidente elegido de modo legal y popular. Estoy refiriéndome a la revolución militar que derrocó a Yrigoyen y colocó en la presidencia al general José Félix Uriburu.

Sin embargo,

los nacionalistas argentinos nunca pudieron conquistar el poder ni llevar a cabo la reestructuración de las instituciones políticas del país, el sueño que siempre acariciaron. Su preponderancia y el poder que lograron manejar en forma indirecta fueron destruidos en 1946 precisamente por el tipo de golpe que ellos propiciaban, un golpe manipulado por oficiales militares que emplearon la jerga y los conceptos nacionalistas para inaugurar una dictadura de masas (conocido también con el nombre de *régimen peronista*) que despertó a la Argentina y le dio conciencia de sus propias necesidades y también de sus defectos.⁵

Luego del derrocamiento de Perón en 1955, algunos nacionalistas vuelven al primer plano de la política, aunque por poco tiempo. Por esta época ya hace su aparición una nueva generación de nacionalistas que es más violenta que la anterior. Los «neonacionalistas» son los que, permaneciendo vinculados dogmáticamente con el pasado, operaron en estas últimas décadas.

Volviendo al nacionalismo de derecha, deseo aclarar que el objetivo principal de este movimiento fue iniciar una nueva era en la historia argentina y para esto elaboró una ideología. Convencidos de que los males del país se debían al liberalismo importado de Francia e Inglaterra, lo que hicieron fue tomar conceptos antidemocráticos que estaban en boga en Europa. Con la ayuda de la técnica del parche y del engru-

³ H. S. Ferns, *La Argentina*, Sudamericana, Buenos Aires, 1983, pp. 65-66.

⁴ Marysa Navarro Gerassi, *Los nacionalistas*, Editorial Jorge Alvarez, Buenos Aires, 1968, p. 15.

⁵ *Idem.*

do confeccionaron su ideología o hermoso *collage* de fascismo, corporativismo, hispanidad, falangismo y nazismo.

Como principios básicos pregonaban un fuerte antiliberalismo, el rechazo del parlamentarismo, la necesidad de destruir la democracia mediante el golpe militar, la organización del país por medio de una forma vaga de representación corporativa, una estrecha alianza entre la Iglesia y el Estado, la industrialización del país, la nacionalización de los servicios públicos y la libre empresa.

Ahora bien, así como encontramos en la ideología del nacionalismo argentino de derecha fuentes fascistas, también está presente el elemento conservador, pues este nacionalismo fue una forma extrema de reacción conservadora frente al ascenso al poder de la clase media, propiciado por el radicalismo. Este partido desplazó el poder a la oligarquía y concedió derechos políticos y sociales a los niveles medios de la sociedad, algo similar a lo que hizo el régimen peronista con la clase careciente. Para los nacionalistas, si el gobierno de la oligarquía liberal era malo, el accionar del radicalismo era peor. De aquí que algunos historiadores sostengan que el golpe de 1930 y los que le sucedieron estaban destinados a ser una contra revolución y no una revolución.

Termino estas consideraciones haciendo mías unas palabras del teólogo argentino José Míguez Bonino:

...sugiero que nuestra historia es una historia del abuso del poder y entonces la defensa de la democracia como el único medio para contener el pecado, es un elemento teológico y práctico muy importante. La democracia no nos va a dar soluciones absolutas, pero abre un camino de control al pecado humano.⁶

⁶ José Míguez Bonino, «Democracia, ¿mal menor o bien mayor?», *Democracia, una opción evangélica*, La Aurora, Buenos Aires, 1983, p. 42.